



# La literatura sale al encuentro de la vida

Laura Riñón Sirera

**YO TENÍA UNA ABUELA FAVORITA.** No la quise más ni mejor que a la otra, pero con la primera pasé semanas de veraneo que en mi recuerdo se alargan durante toda la estación. Nos mandaba a por huevos y cuando el perro guardián de la granja ladraba, mi hermana y yo dábamos media vuelta y regresábamos con la cesta vacía. «No hay huevos hoy, *yaya*,» decíamos al llegar fatigadas tras la carrera de huida, «las gallinas no han puesto huevos esta mañana.» Y la *yaya* nos mandaba de vuelta a la granja. Una de las cosas que más nos gustaba era regar el suelo de la pérgola, arrastrar con el agua las flores marchitas que caían del jazminero y verlas navegar en los pequeños riachuelos que se formaban. La *yaya* era una mujer coqueta, aunque incapaz de ver su reflejo en espejo alguno, y tenía la sabiduría innata que poseen los que viven con la mirada abierta y la boca cerrada. Pocas cosas escapaban a su atención. Fue una lectora que escapaba de su vida gracias a las novelas que leía, pero cuando descubrí su afición por la lectura, ya era demasiado tarde. De su casa recuperé ejemplares que ningún otro nieto habría querido. Los cuentos de Chéjov escritos en papel de biblia, y todas las novelas de Hemingway apiñadas en un solo ejemplar. Pasear por la biblioteca de cualquier persona es lo más parecido a desnudar la intimidad de su alma.

Si a día de hoy tengo algún arrepentimiento es el de no haber aprovechado el tiempo que pasé con ella. No haberle hecho todas las preguntas que siendo una niña no se me ocurrió preguntar. Y mi arrepentimiento llega envuelto en la nostalgia de una realidad que solo puedo imaginar. Por suerte, tan pronto me di cuenta de todas las conversaciones que perdí, me puse manos a la obra y comencé el interrogatorio de mis padres para indagar en el pasado de sus vidas y en las de sus padres. Gracias a ellos descubrí decenas de anécdotas y de recuerdos que forman parte de un pasado inhabitado por mí.

Algunos libros son puertas que nos invitan a descubrir lugares desconocidos de nuestra propia vida. *Las señoritas* es uno ellos. Tan pronto lo he terminado, he pasado el resto de mi día suspendida en una agradable melancolía. A lo largo de mi lectura, las imágenes de mi infancia han aparecido como fogonazos, me he apropiado del protagonismo de algunas escenas e incluso he recordado las vidas que nunca conocí y los años en los que no pude haber vivido. He compartido la lectura de esta novela con las *Cartas de desamor* de Pavese, es increíble como las lecturas se encuentran sin buscarse. «Me he dado cuenta de que ya no soy un jovenzuelo», escribe Pavese en una carta destinada a Fernanda, «porque si fuese joven habría gozado

y sufrido mucho y pensado cosas hermosas y esbozado poemas». Fernanda no es un personaje de *Las señoritas*, aunque alguna de ellas, Mercedes, Dedi, Mila o Charo, podría haber recibido o escrito una carta parecida. Esta novela bien podría ser la biografía de miles de mujeres. Los detalles cotidianos de sus vidas en una época que el autor describe con la belleza que solo poseen los poetas que observan más allá de lo que ven. Años en los que la guerra dejó el luto agazapado en las sombras de las callejuelas de pueblos cada vez más vacíos, o de la esperanza que muchas ponían en su largo viaje a la ciudad. *Las señoritas* son todas ellas, las que se resistieron a arrancar sus raíces de la tierra en la que crecieron, las que nacieron en una cuna privilegiada y las que se aventuraron a descubrir la vida en la ciudad.

«Llegó a Madrid una tarde de principios de otoño, todavía clara. El cielo estaba pálido. El Retiro parecía estar en verano aún, pese a que los castaños habían perdido el verdor y los iba mordiendo el óxido: una punzada en el corazón.»

En uno de sus poemas, Enrique Andrés Ruiz escribe:

«[...] Y un sueño el de este instante que demora lo que fue alguna vez vivir aquí, en un tiempo feliz que para entonces ya estaba en el pasado.»

En el pasado al que el escritor nos lleva con la ligereza del que conoce los caminos de regreso. Un pasado que el lector descubre a medida que las páginas vuelan en una narración cargada de emoción, amistad y rabia. Una lectura que va más allá del relato de lo cotidiano y que nos desvela el principio de nuestra vida, esa que comenzó con los fantasmas de un recuerdo inventado. *Las señoritas* me han hecho reír, me han emocionado y mostrado realidades que mi memoria selectiva había olvidado. Me han convertido en amiga y cómplice de la nostalgia de una vida que jamás conocí. Y ahora estoy llena de recuerdos que no me pertenecen. En algún lugar he leído que Enrique Andrés Ruiz retrata la vida cotidiana con una elegancia que evoca a autores como Cesare Pavese o Joseph Roth. Pensé en Pavese en más de una página. El escritor, ensayista y poeta no solo nos da un paseo por sus raíces sorianas, sino que nos invita a hacer un viaje inolvidable. Los diálogos y las descripciones bailan coordinados en un texto que bien podría ser una lección de escritura. El paso de las estaciones y los colores del lienzo que es el cielo de Madrid, salpican cada página. El cine, el Retiro, el silencio sepulcral en el pueblo y el despertar de la libertad, el jolgorio de la ciudad y las primeras chicas universitarias. Los secretos que atesora la humillación. El futuro optimista y la sombra alargada de una época cruel y triste. La rabia de la resignación. La modista, el café y los artistas borrachos de un tiempo que no parece el suyo. *Las señoritas* es, además, un ajuste de cuentas con las vidas anónimas de un pasado que también es nuestro. Un elegante encuentro entre la vida y la literatura ●

“**Algunos libros son puertas que nos invitan a descubrir lugares desconocidos de nuestra propia vida**”



*Las señoritas*

Enrique Andrés Ruiz

Periférica

21,90 € (344 p)

ISBN 978 841883893 4

Enrique Andrés Ruiz ha escrito una novela bellísima, un ejemplo magistral de cómo se plasma la vida en la literatura: un tejido coral de tramas pequeñas, íntimas y reveladoras. Merced a su talento para reflejar el alma de sus personajes a través de un lenguaje de rara sensorialidad que transmite la textura de las palabras, logra dotar de épica a unas vidas sencillas. A la manera de las obras de Joseph Roth o Cesare Pavese, *Las señoritas* es la gran novela de una época ya desaparecida. Un clásico de hoy.